

CLAUDIA CASANOVA

# LA PERLA NEGRA



La perla negra es la historia de Isabeau de Fuòc, trovadora y ladrona, y de su venganza contra la familia de los Montlaurèl, responsables de la muerte de su madre. Nos hallamos ante una suerte de Montecristo medieval, con una protagonista femenina fuerte e inolvidable y una trama de ritmo endiablado que transcurre en el siglo XII en Narbona, en el sur de Francia.

Con la lucha entre cátaros y cristianos como telón de fondo y un abanico de maravillosos personajes, desde el judío Salomón al toledano Íñiguez, pasando por la mismísima vizcondesa Ermengarda de Narbona, Raimundo de Tolosa, el seductor obispo de Montlaurèl y el capitán mercenario Guerrejat, La perla negra garantiza horas de diversión a quienes busquen una novela histórica diferente, moderna, fresca y llena de sorpresas. Al estilo de las mejores narraciones de aventuras, con pulso cinematográfico, Claudia Casanova construye alrededor de su magnífica protagonista una historia llena de giros y extraordinarios personajes que la arrastrarán sin respiro hasta una emocionante encrucijada final.

*A mi hermana y a JER, siempre.*

## PRÓLOGO

### Muerte de una bruja

El primer rayo de sol tocó la fría pared de piedra del castillo, cuya imponente masa se elevaba sobre una colina y un valle repleto de verdes campos. Frente al camino que conducía a las puertas del recinto, en la ladera, tres soldados y dos criadas apilaban leña al pie de las tres piras que se erigían, implacables, hacia el cielo rosáceo del amanecer. Las brasas llevaban una hora ardiendo. Un montón de antorchas empapadas en aceite y grasa esperaban a un lado. Un puñado de habitantes del pueblo había madrugado para estar allí, y llevaban un buen rato esperando, armados de verdura podrida y piedras. El sudor de los cuerpos, la paja húmeda y maloliente y los desechos hacían que el aire de la mañana, habitualmente fresco y limpio, fuera casi irrespirable. Frente a las tres piras los obreros del castillo habían levantado una rudimentaria tarima donde había cuatro butacas de madera, cubiertas de pieles de oso y de zorro. A su alrededor había diez soldados apostados, todos armados con hachas y picas. Sus cascos y armaduras relucían ahora que el sol empezaba a asomar.

Un joven soldado con un tambor dio un paso adelante y empezó a tocar. Del castillo emergió un jinete a caballo: era

el señor del castillo, montado en un soberbio caballo árabe y con una inmensa capa de color negro, ribeteada con pieles blancas. Llevaba guantes de piel también negra. Detrás de él, tres potrillos cargaban con sus tres vástagos, dos varones a cuál más distinto y una niña de mirada asustada. El hijo mayor era blando y tenía el pelo lacio y rubio, y la expresión soñolienta. En cambio, el más joven no se perdía detalle de la escena y sus inquietos ojos iban de la tarima a las piras, y de allí al gentío convocado para las ejecuciones. Llevaba un pequeño gorro bajo el cual asomaban dos rizos negros como sus ojos. La niña, enfundada en un lindo vestido de color azul claro, no se atrevía a levantar la vista y parecía a punto de echarse a llorar. El señor subió a la tarima y se acomodó en la butaca central y los tres ocuparon los asientos restantes.

Al otro lado del estrado, frente a las hogueras, otra niña contemplaba a los recién llegados. Tendría unos doce años, y sus ropas eran de sencillo algodón y tenía la falda sucia de barro porque había dormido en el bosque esa noche. Tenía el pelo rojo, cubierto cuidadosamente con un pañuelo de color marrón. Observó a los ocupantes de la tarima sin ocultar su odio y su desprecio. El señor del castillo se quitó los guantes e hizo una seña al capitán de su tropa, que a su vez ordenó algo a otros dos soldados, que se arrojaron en el suelo como si fueran a rezar. En su mano resplandeció el brillo de una joya, negra como el resto de su atuendo. La niña del vestido sucio siguió con avidez los movimientos de los soldados y vio cómo de repente izaban dos manos, sendos brazos y una mujer entera salía vomitada del suelo, como si la Tierra rechazara su cuerpo porque aún no había muerto; luego apareció un hombre y finalmente el tercer prisionero, otra mujer. La niña miró a las tres figuras, sorprendida; nunca había oído hablar de una mazmorra subterránea, al estilo de las antiguas cárceles romanas. Pronto, su cara se iluminó brevemente al ver el rostro de la tercera cautiva y ya no le importó de dónde había

salido. La mujer tenía el pelo rojo, de un tono parecido a la tierra preñada de sangre, y sus cálidos ojos marrones buscaron entre las caras demacradas y hostiles de los campesinos que la rodeaban hasta encontrar a la niña. Se miraron por un instante, como si una casualidad las hubiera reunido allí, y después la mujer se enderezó y se dio la vuelta. Al girarse, la niña reparó en que llevaba las manos atadas a la espalda. Entonces, y solo entonces, sus ojos se anegaron en las lágrimas que había prometido no derramar. Como si tuviera la capacidad de ver a través de ella, el hombre que estaba de pie a su lado le puso una mano en el hombro y susurró, inclinándose:

—¡Ahora es cuando tienes que cumplir lo que me prometiste cuando me pediste que te trajera hoy hasta aquí! Si quieres vivir, no puedes llorar aquí y ahora. Ya habrá tiempo después para eso.

Su voz era firme, y a pesar de que solo hacía unas pocas horas que lo conocía, la niña supo que debía obedecerle. En ese instante, el señor del castillo se levantó y declaró, dirigiéndose a los presentes:

—¡Así se castiga en mis tierras la mendacidad y la brujería!

Tenía los ojos de color azul, tan puro como el vestido de su hija, pero eran fríos y duros. La niña se estremeció. Los soldados empujaron a los tres prisioneros hasta las piras y los ataron a los postes, sujetándolos por el cuello, el tórax, los muslos y los tobillos para que no pudieran zafarse del tormento que les esperaba. El señor del castillo, después de su intervención, contemplaba los preparativos distraídamente, pero sus dos hijos los seguían fascinados: el mayor, con una mueca de absorto disgusto y el más pequeño con la mandíbula apretada y los ojos clavados en las siniestras antorchas que apestaban a grasa de animal. Ahora la niña del vestido marrón tampoco apartaba la vista de la pira central, donde habían atado a la mujer del pelo rojo. Los ojos marrones la acariciaron por última vez y la prisionera

esbozó una ligera sonrisa, suave y confiada, como si todo fuera un juego. Tres soldados tomaron sendas antorchas, las prendieron en las brasas y encendieron las piras, que empezaron a arder como si el propio Satán hubiera soplado sobre ellas. La gente empezó a arrojar las piedras y legumbres podridas contra las piras, y descargó una lluvia de insultos sobre los que pronto iban a morir, como si la crueldad diera sentido a sus vidas miserables. Las llamas jugaron al escondite y se deslizaron hacia arriba, lamiendo los pies del hombre y las dos mujeres. Poco a poco altas lenguas de fuego azotaron los postes y envolvieron las figuras que se retorcían inútilmente contra sus ataduras. Empezaron a llegar gemidos desde los postes, ahogados por el humo y las llamas que se habían adueñado ya de las tres piras. La niña seguía mirando, y al notar el sabor de la sangre en la lengua se dio cuenta de que se había mordido el labio para no gritar. El hombre deslizó su mano hasta la cara de la niña, tapándole los ojos.

—Vamos, muchacha. Aquí ya no hay nada que hacer.

La niña se dio la vuelta y tomó la mano que el otro le ofrecía. Solo su ceño fruncido delataba que acababa de formular un juramento y que no descansaría hasta cumplirlo.

## 1

## La posada de la Oca Roja

—¡Mira por dónde andas, borracho! —exclamó Isabeau, pegando un empujón al hombre que casi la había derribado, al salir como una exhalación de la Posada de la Oca Roja, la taberna más bulliciosa de Narbona. Estaba su entrada en el callejón de la Luna Menguante, así llamado porque a medida que el desprevenido viajero se internaba de noche por él, dejaba de estar bajo la protección de la luz nocturna, y la oscuridad terminaba por devorarlo, de modo que quedaba indefenso y expuesto al ataque de los facinerosos que pueblan la noche de todas las ciudades. Sucedió que los que allí se encaminaban no ignoraban el peligro que acechaba detrás de cada puerta y ventana de aquel estrecho paso: uno no terminaba dos veces en el callejón de la Luna Menguante por casualidad. Los otros, los incautos que empezaban a comprender que solo saldrían indemnes si entregaban su bolsa de monedas, andaban encogidos como si quisieran pasar desapercibidos. La misma vacilación en sus rostros les señalaba como presas apetecibles, y para evitar convertirse en una víctima, había que avanzar con paso decidido y hasta desafiante, y ni por asomo rehuir las reyertas: por eso Isabeau no había dudado en encararse

con el desconocido que había salido como si se lo llevara el diablo de la Oca Roja, y también por eso, él se detuvo al instante cuando oyó la imprecación de Isabeau y se giró como si le hubieran escaldado con aceite hirviendo. Miró la menuda figura de la joven de arriba abajo y replicó, con los ojos centelleantes:

—Cuidado. No soy amigo de perder el tiempo, pero puedo hacerte un hueco. Además, hace mucho que no me las veo con una pelirroja —añadió.

Que era alto y fuerte, Isabeau ya lo había visto; ahora se dio cuenta de que estaba armado, con una cimitarra, y sendos puñales atados a sus altas botas. Eso sin contar lo que llevara oculto bajo la camisola y la capa. Las campanas de la cercana iglesia de Nuestra Señora la Mayor tañeron, llamando a los fieles a la misa de maitines. En el callejón no se movieron ni los gatos. Isabeau contestó, sin arrugarse:

—A mí tampoco me sobran horas, así que decídete o sigue tu camino.

—Hace mucho que no acepto mandatos, y menos de una mujer —dijo el extraño, su cara oculta en la oscuridad. Se cruzó de brazos. La luna salió de golpe y sus rayos se reflejaron en la hoja curva de su cimitarra. La joven replicó:

—Tampoco yo suelo recibir órdenes, y menos de patanes. Haber vigilado por dónde ibas.

—No empieces algo a menos que estés dispuesta a terminarlo —repuso él.

Isabeau creyó adivinar una sonrisa lobuna en la cara del hombre, mientras este se bajaba el embozo, y vio su mano deslizándose hacia la empuñadura de la cimitarra. No era extraño ver armas moras en Narbona, que era el refugio de mil mercaderes y otros tantos mercenarios, pero Isabeau se sintió intrigada. ¿Con cuál de los sinvergüenzas de la Oca Roja tendría tratos el extranjero? La hoja del flexible acero moro brilló, burlona. Sin perder más tiempo en cavilaciones, Isabeau sacó del lado izquierdo de su cinto una daga afilada y, tomándola de la punta, la arrojó contra el otro. Es-

te se apartó con agilidad felina, lo suficiente como para evitar la hoja, que se clavó certera en el dintel de la puerta, a dos dedos de su cabeza. El hombre se irguió con la cimitarra en alto, con expresión sorprendida y una sombra de diversión en su rostro. Exclamó:

—¡Prepárate, deslenguada! Te voy a trocear como una ternera.

—Hablas mucho y haces poco, como casi todos los hombres —gritó Isabeau, saltando hacia atrás y buscando la protección de uno de los portales cercanos a la entrada de la Oca Roja. Mientras, la trifulca había atraído a los curiosos: unos salidos de la propia posada, sostenían sus jarras de vino mientras jaleaban, entre eructos y codazos; otros, venidos de los rincones más oscuros del barrio de la Mayor, se arracimaban como cucarachas entre despojos. El hombre avanzó hacia donde estaba Isabeau, esgrimiendo la cimitarra amenazadoramente. Isabeau no dejó que la tensión del ataque inminente la alterara: con suma destreza, procedió a desenrollar el látigo toledano que Íñiguez le había regalado cuando robó su primer denario de plata. «Aunque no sea de oro, te mereces un premio. Y así te entretienes con algo», había añadido con su peculiar sarcasmo. Era de cuero recio, con un mango trenzado que medía casi un codo y una correa de casi cuatro pies de largo. Isabeau solía llevarlo con el extremo duro colgando a un lado, como una espada, y la correa atada a su cintura, por debajo de la camisa. En un instante el látigo chasqueó a los pies de su contrincante, que retrocedió de un salto y estuvo a punto de caer de espaldas. El corro de testigos aplaudió, y las risotadas de burla rebotaron por todos los recovecos del callejón de la Luna Menguante.

—Esa bagatela no te sacará de apuros —dijo él, levantándose y señalando con la punta de la cimitarra el látigo que Isabeau sostenía firmemente en su mano derecha. Por toda respuesta, Isabeau volteó el mango e hizo chasquear el látigo de nuevo, aunque sabía perfectamente que el otro

tenía razón. «Armas parejas o muerte desigual», era lo que solía decir Íñiguez. Miró a su alrededor, en busca de una salida honrosa y, sobre todo, rápida. El hombre avanzó en dos zancadas hacia ella. Isabeau hincó el cuero de su látigo en su brazo izquierdo, pero él siguió adelante como si no lo hubiera sentido. Con el canto plano de la cimitarra, descargó un golpe en el brazo de Isabeau y la desarmó, sin herirla. El látigo cayó a dos pies de distancia. La joven levantó la cabeza, furiosa.

—Te dejaré marchar viva con una condición —exclamó él, para regocijo de los asistentes.

Isabeau lo miró hoscamente sin despegar los labios. A pesar de que no le había abierto tajo en la carne, el golpe de la cimitarra había sido fuerte. El antebrazo y la mano le ardían. Trató de no pensar en el dolor. No era la primera vez que estaba en el suelo hediondo en una ciudad cualquiera, doblada sobre sí, rodeada de caras alimentadas por el vicio y el desdén. Tampoco sería la última. Inspiró profundamente e introdujo la mano en su capa.

—¿No quieres saber qué te voy a pedir a cambio de no matarte? —preguntó el hombre, acercándose. La cogió por la nuca para mirarla a los ojos, y se inclinó sobre ella hasta que su aliento se mezcló con el suyo. En el breve instante que Isabeau empleó para hacerse con su otra daga, la que pendía en el lado derecho de su cinturón, y levantarse como un resorte hasta clavar ligeramente la punta del arma contra el cuello de su oponente, comprobó que su boca no olía a vino ni aguardiente, ni siquiera a cerveza. El olor era fresco y áspero, como las especias que solamente se encontraban en los puestos de los comerciantes venidos de Oriente, en los grandes mercados a los que ella e Íñiguez solían acudir cada año para hacerse con la bolsa de los desprevenidos.

—No me interesa —espetó Isabeau, entre dientes. Sentía que le estallaba el pecho con la alegría del vencedor, y algo más. El otro no dio muestras de miedo, sino que su

boca se abrió en una sonrisa ancha como el mar. Parecía tener una confianza inagotable en su propia supervivencia, como si ya fuera viejo conocido de la Muerte y esta le hubiera dejado en prenda alguna que otra vida de más. De repente, se oyó un rumor entre los que presenciaban la pelea, que dejó paso a la figura encorvada de un anciano, envuelto en un gastado *tallit* que probablemente jamás había conocido tiempos mejores. Se hizo el silencio en el callejón de la Luna Menguante y el judío graznó:

—No me gusta que me hagan esperar, muchacha. «Maño indolente empobrece».

—«De nada te servirán las riquezas el día de la ira» —citó el adversario de Isabeau, con la daga de la chica aún apuntando a su yugular. Lentamente, trató de levantarse.

—¿Quién te ha dicho que puedes moverte? —dijo Isabeau, apretando la daga y doblégándolo de nuevo hasta el suelo.

—Bien dicho —replicó el viejo, en tono mordaz.

—Si no soy bien recibido, me voy —dijo el otro.

—Eso será si te dejas marchar. Eres mi prisionero —dijo Isabeau.

—¡Prisionero! ¿Y qué vas a hacer conmigo? —preguntó él, enarcando una ceja y bailándole una sonrisa en los labios mientras deslizaba un dedo por el filo de la daga que le amenazaba. Isabeau retiró la daga y se levantó.

—Si no tuviera prisa, te vendería al mejor postor.

—Basta de tonterías. Suéltalo de una vez. —Salomón se dirigió al otro y dijo—: Guerrejat, seguidme, que no tenemos toda la noche.

Isabeau dijo sorprendida, limpiándose la ropa de la suciedad del callejón:

—¿Es que lo conoces?

El viejo los miró con ojillos brillantes y sonrisa desdentada y contestó:

—Por supuesto que sí. Yo conozco a todo el mundo.

La joven recogió el látigo y se lo colgó de la cintura, mientras el otro envainaba la cimitarra. Isabeau se quedó mirando al hombre, que hizo una aparatosa reverencia y exclamó:

—Te debo una ronda, mi dueña. —Sin esperar respuesta, procedió a entrar en la posada de la Oca Roja. Isabeau miró al judío y Salomón señaló la puerta de la taberna, instándola a entrar. El bullicio del establecimiento era ensordecedor: el ruido de cazuelas, platos, borrachos y gemidos era un canto obsceno a la vida. Fuera, la noche sin luna solo complacía a las alimañas de la oscuridad. La joven se envolvió en su capa, y obedeció al anciano, frunciendo el ceño.

Nadie recordaba el año en que Salomón ben Judah había llegado a Narbona. Si las gentes de la ciudad hubieran reparado en ello, unos habrían quedado admirados de la velocidad con la que pasó de estar instalado en un taburete frente a una humilde tabla de madera en la plaza episcopal vendiendo alhajas y fruslerías, a poseer cinco flamantes parcelas y sus sendos alquileres en los nuevos burgos que se habían construido al otro lado del río para ampliar las parroquias del arzobispado. Otros, quizá los más, habrían mirado con muy malos ojos que un judío fuera tan afortunado, y más en una ciudad como Narbona, orgullosa de ser un baluarte de cristiandad entre herejes. Y por eso cuando alguien mencionaba ese detalle, con el tono distraído en que suelen hacerse las preguntas de vida o muerte, Salomón juntaba las cejas como si le costara mucho acordarse del día en que cruzó el Puente Viejo desde la *Via Domitia*, y al cabo de un rato del más absoluto silencio, solo se oían suaves ronquidos, como si el esfuerzo le hubiera sumido en un profundo sueño del que, claro, nadie osaba despertarle en atención a su propecta edad. Aparte de sus negocios de alquiler, era de todos sabido que Salomón invertía su dinero en asuntos de muy diverso pelaje, aunque nunca prestaba. Ni una sola vez, ni siquiera al arzobispo Pons, o a la mis-

mísima vizcondesa Ermengarda. Tenía muy frescas las acusaciones de usura que de repente, un día, solían esgrimir los goy para echar a los judíos de sus tierras, con buen cuidado de apropiarse de sus bienes. Luego solo quedaba salir huyendo a uña de caballo y sin un mal denario encima. Precisamente por eso, el astuto Salomón caminaba con la cerviz baja aunque no le dolía la espalda, citaba la Biblia porque eso complacía a los clérigos cristianos —y por suerte, casi siempre también a Yahvé— y jamás, jamás, jamás cargaba intereses en sus negocios. Media Narbona, mayormente la mitad respetable, tenía tratos con el viejo Salomón y le apreciaba como uno más de la creciente y poderosa comunidad judía que había venido a refugiarse en la ciudad, huyendo de las persecuciones sufridas bien al norte, al sur, al este o al oeste. Mientras, la otra mitad de la cristiana villa, aquellos que jamás pisaban una iglesia o pedían la presencia de un cura si no era borrachos o para pedir la extremaunción, y todos los que el día de la matanza del cerdo preferían mojar sus cuchillos en sangre humana en lugar de degollar gorrinos, le temían como a una maldición bíblica, pues no había trapicheo ni pillaje ni afanamiento que no pasara por sus manos, y de no ser así pronto se encargaba Salomón de hacer saber al desgraciado de turno que todos los ladrones de Narbona debían pagarle su tasa. Tanta era su influencia que la parte del botín que le correspondía se conocía en todas las tabernas de mala muerte y peor vida como «el diezmo hebreo». Pero eso sí, solo se mentaba en voz baja, porque en Narbona hasta las ratas, pozos y ventanas estaban a sueldo del viejo Salomón. ¿Cómo se había hecho aquel anciano con tanto poder? Nadie lo sabía, pero lo cierto era que de todos los que se habían enfrentado a él, ninguno quedaba en Narbona para contarle, y a quien no mandaba echar de la villa (porque, eso sí, no se le conocían venganzas de sangre) se ocupaba de persuadir o sobornar. Y con el transcurso del tiempo, cuando la prosperidad inundó la bolsa de los ladrones igual

que florecían las rentas de los talleres y molinos alquilados a Salomón, a nadie le importó el cómo ni el cuándo. Así fue como Salomón se convirtió en el jefe de la cofradía de ladrones de Narbona. Pues al fin y al cabo la única verdad era que se obtenían pingües beneficios con el viejo judío, y también era cierto el dicho de que el dinero no tiene prejuicios de fe.

Ninguno de los clientes de la posada de la Oca Roja sabía leer, escribir o deletrear la palabra «prejuicio», pero todos eran capaces de rebanar dos cuellos y robar cuatro bolsas en menos del tiempo que llevaba pronunciarla. Isabeau y Guerrejat habían cruzado la gran sala de la planta baja, donde, bajo la tutela vigilante del tabernero, cinco mozas servían cerveza y vino a buen precio, comida aún más barata y por un estipendio similar atendían las necesidades carnales de los parroquianos. Los dos recién llegados habían seguido a Salomón hasta su sanctasanctorum, el escritorio desde donde manejaba laboriosamente los hilos de sus negocios. Había una butaca cerca del fuego, pero Salomón no tomó asiento, sino que abrió uno de los cinco cofres que tenía dispuestos al lado de la mesa y guardó una bolsa de monedas en él. Isabeau se instaló en un banco de madera bajo el estrecho ventanuco que daba al callejón, desde donde podía vigilar la entrada de la posada, y Guerrejat se quedó donde estaba y se recostó en la jamba de la puerta. A pesar del cansancio de la pelea y de los rasguños que cada uno de ellos había dejado en el otro, al cruzarse la mirada intercambiaron una expresión de sorpresa. Instintivamente se habían colocado de la manera más estratégica para controlar las entradas y salidas de la habitación, como si aún estuvieran en modo de combate, esta vez contra un adversario común. La expresión de Isabeau se suavizó durante un brevísimo instante al mirarlo, pero no había venido a Narbona para distraerse. Dijo, tajante:

—Salomón, quiero hablar contigo. En privado.